

D. RAMON MENENDEZ PIDAL,
PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA

EL 4 de diciembre, en la sesión de la Real Academia Española, después de la lectura del acta de la reunión ordinaria anterior y del despacho de los asuntos de trámite, se llevó a cabo la votación para elegir los miembros de la Corporación que han de ejercer los cargos de Presidente, Tesorero y Vocal adicto, que reglamentariamente habían de ser renovados. Resultaron elegidos: Presidente, D. Ramón Menéndez Pidal; Tesorero, D. Agustín González Amezúa, y Vocal adicto, D. Angel González Palencia.

Después se efectuó la elección para cubrir dos vacantes de académicos numerarios, y resultaron elegidos D. Salvador González Anaya y D. José María de Cossío.

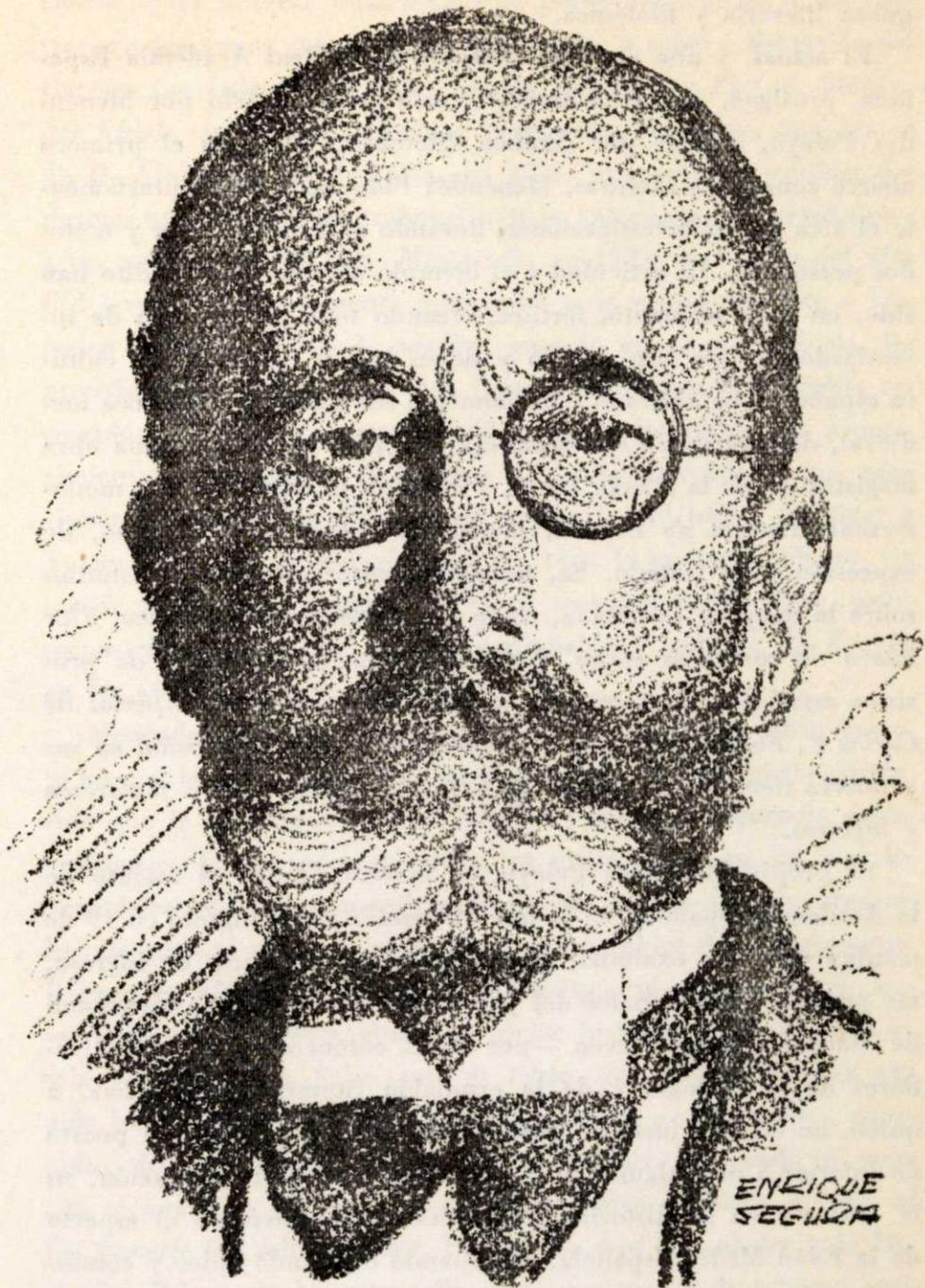
En sesión anterior, la misma Real Corporación había elegido académico correspondiente, en Barcelona, a D. José María Castro, Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de aquella Universidad, para cubrir la vacante producida por la muerte del gran cervantista Sr. Givanel.

El ilustre Director saliente, D. José María Pemán, al salir de la sesión, hizo las siguientes declaraciones:

«Espero que nadie divague sobre un tema tan claro, sencillo y previsto como es este del cambio de dirección en la Real Academia. Cuando tomé posesión por segunda vez de ésta, anuncié con reiteración que sólo aceptaba el cargo por el período reglamentario de tres años, y que, pasados éstos, no podría aceptar la reelección, pues los deberes de la dirección son poco compatibles con el trabajo intensísimo de mi creación literaria y las continuas ausencias que ésta, para lograr un poco de soledad y apartamiento, requiere de mí. También dije entonces, y durante los tres años lo he repetido en toda ocasión, que mi mejor servicio a la Academia creía que sería poder entregar la dirección, pasado ese tiempo, a don Ramón Menéndez Pidal, maestro, universalmente reconocido, de la filología española, aun robándole un poco de tiempo a su fecunda labor privada. Lo he logrado, acompañado del convencido entusiasmo de la Academia, y me retiro satisfecho de haberla servido durante estos tres años con buena voluntad, y más que nunca, en este momento final de mi sustitución por el maestro.»

* * *

D. Ramón Menéndez Pidal, nacido en 1869, es, sin género alguno de reservas, el maestro por excelencia de la crítica literaria y filológica española. Porque, aparte sus valores de investigación, deducción, análisis y estilo, su labor se caracteriza singularmente por su raíz y su significación hispánicas. En este punto, como en tantos otros, asombra su perseverancia y su genio. Fué al estudio de su especialidad, tanto como por el estudio en sí, por el caudal fecundo de motivos históricos, esencialmente españoles, que él había de desentrañar de esa dedicación amorosa y sistemática. Sin él, España, su patria, habría visto perdidos en la implacable oscuridad infinitos temas, consecuencias y creaciones pertenecientes a una razón puramente castiza. Su firme prestigio, su indiscutible autoridad dieron, por otra parte, cimentación incommovible a esas verdades antes soterradas o ignoradas, que habrían de venir, al cabo,



EXCMO. SR. D. RAMON MENENDEZ PIDAL

a robustecer, aclarar y perfilar la cimera jerarquía de nuestra riqueza literaria y filológica.

El actual, y una vez más Director de la Real Academia Española, prosigue, en cierto modo, el esfuerzo cumplido por Menéndez Pelayo, aunque por rumbos diferentes. Mientras el primero abarcó zonas más extensas, Menéndez Pidal reduce voluntariamente el área de sus investigaciones, llevando a él mayor rigor y métodos personales. La actividad y el ejemplo de este gran erudito han sido, en todo momento, fértiles, creando toda una escuela de investigadores, que han dejado y dejan honda huella en la cultura española; ha aplicado especialmente sus trabajos a la época medieval, desenterrando el *Poema del Mío Cid*, escribiendo una obra magistral sobre la misma época, y culmina su tarea con una monumental *Historia de España*, meridiana y tupida de verismo, de expresión y de tratado. Es, asimismo, autor de diversos estudios sobre la epopeya castellana, como *Los romances de América*, *Flor nueva de romances viejos*, *Estudios literarios*, *Antología de prosistas españoles*, *De Cervantes a Lope de Vega*, *Idea imperial de Carlos V*, *Poesía árabe y poesía europea*, *El idioma español en sus primeros tiempos*, *La lengua de Cristóbal Colón*, *Poesía juglaresca y juglares*.

El propio Menéndez Pelayo, su maestro, desde el recinto de la Academia Española, en la que Menéndez Pidal ingresó en 19 de octubre de 1902, exaltaba, al responder a su discurso de ingreso, las prendas excepcionales del joven catedrático de la Universidad de Madrid, «el más joven —por aquel entonces— de los cultivadores de la filología y de la erudición literaria en España», a quien, en estricta justicia, concedía el gran escrivano un puesto no inferior a otro alguno en la lexicografía, en la investigación, en la crítica y en la Historia, porque había transformado el aspecto de la Edad Media Española, resucitando el mundo épico y combinando y soldando formas de arte que aparecían hasta entonces como desligadas y sin sentido de correspondencia. Desde que en 1896 aparece alumbrando inéditos motivos en la erudición vernácula, su libro *Los infantes de Lara*, el nombre de Menéndez

Pidal queda indeleblemente grabado en la historiografía crítica. Desde aquel instante feliz dedica su peregrino ingenio a los cuatro grandes temas épicos de nuestra Patria, a saber: *Bernardo del Carpio*, *Los Infantes de Lara*, *Fernán González* y *El Cid*. Menéndez Pidal, sirviéndose del único manuscrito completo, que era el de D. Alejandro Pidal, lanza, en 1898, una primera edición del poema, coordinando los trabajos críticos anteriores y sometiénolos a un escrupuloso examen. Más tarde, en 1908, su *Cantar del Mío Cid* levanta un monumento perdurable a la crítica literaria e histórica ante el que han de acudir, como en una romería docta, las investigaciones universales. Don Ramón Menéndez Pidal había recorrido los campos y rutas del Cid; había localizado los acontecimientos relatados en el poema; se había detenido, como para vivirlo idealmente también, en el itinerario del héroe de Vivar a Valencia; había reconstruído, en fin, toda la epopeya cidiana, sin omitir un matiz, creándolos, a veces, recreándolos siempre, como reconstruiría más tarde la vida entrañable y política de España en los años del héroe castellano.

Menéndez Pidal ha compuesto, por añadidura, su labor ingente no con la prosa escueta y, en ocasiones, árida del historiógrafo, sino que la ha dotado de una agilidad y de una elocuencia extraordinarias. Sobre todo, su prosa, su estilo, lleva en sus propios penetrales una vena inmachita de poesía que hace a sus estudios, incluso para el profano, alicientes incomparables de conocimiento. Porque, en efecto, el maestro no es más que un poeta que sabe forjar historia. Un poeta que sabe forjar historia, porque, además, sabe infinitas cosas. Sabe tanto de tanto, que pasma cómo en una vida humana, tan limitada, puede albergarse un tan hondo, apretado y limpio manadero de sabiduría. Sólo así, ilustrando un tema con el auxilio y las relaciones insospechadas de otros, puede, al fin, hacerse luz sobre el caos. Porque un caos era, al decir de Menéndez Pelayo, la historiografía, que, por manes de nuestro eminente investigador, se abre, en lo sucesivo, serena de claridades, ordenada y metódica para el estudio de los hombres. Por si era poco, labra también su *Manual de gramática histórica española*, que me-

reció encendidos ditirambos de Unamuno, como una de las más jugosas obras que en esa disciplina puede ofrecer un país a la admiración de los eruditos y lingüistas extranjeros. De la misma manera, su soberbio *Poema de Yusuf*, que es la creación más documentada y deductiva que nos ha legado la literatura aljamiada, rebasa el ámbito de la nación española, a la cual está dirigida, para rendir a su autor y a su Patria el tributo permanente de una gloria sin fronteras.

La Real Academia Española, al rendirle el homenaje que merece el rango intelectual de nuestro gran polígrafo, concreta en él, por designio de una justicia inesquivable, el homenaje que España, agradecida y emocionada, le debe al más español y universal de sus genios actuales.